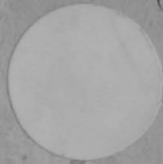


1011 042
3



MONUMENTO SARMIENTO

DISCURSOS PRONUNCIADOS

EN EL ACTO

DE SU INAUGURACIÓN

25 de MAYO de 1900



BUENOS AIRES

IMPRESA «TRIBUNA» CALLE PIEDAD 626

1900

120x177

LEY N.º 3801

Art. 1.º —Designase el Parque 3 de Febrero, para la erección del monumento destinado á honrar la memoria del ilustre estadista Domingo F. Sarmiento.

Art. 2.º—Autorízase al P. E. á sufragar los gastos que ocasione la traslación y erección de dicho monumento.

Art. 3.º- Comuníquese al P. E.

Dada en la Sala de Sesiones del Congreso Argentino, en Buenos Aires á 12 de Setiembre de 1899.

N. QUIRNO COSTA.

B. Ocampo,
Secretario del Senado.

MARCO AVELLANEDA.

A. M. Tallafiero,
Pro-secretario de la C. de DD.

Ministerio del Interior.

Buenos Aires, Mayo 16 de 1900.

Habiendo comunicado la Comisión «Monumento Sarmiento», que éste se encontrará pronto para

ser inaugurado dentro de breves días, y deseando el Poder Ejecutivo dar á ese acto la solemnidad que corresponde á la memoria del ilustre educacionista y hombre de Estado,

El Presidente de la República—

DECRETA:

Art. 1.º—Señálase el día 25 del corriente, á las 2 p. m., para que tenga lugar la inauguración del «Monumento Sarmiento».

Art. 2.º—Serán invitados á presenciar el acto los miembros del H. Congreso, los del Poder Judicial de la Nación, Cuerpo Diplomático y demás altos funcionarios del Estado.

Art. 3.º—Por el Ministerio de la Guerra, se dictarán las órdenes necesarias para que las fuerzas de la guarnición, tributen los honores correspondientes.

Art. 4.º—Comuníquese, publíquese é insértese en el Registro Nacional.

ROCA.
FELIPE YOFRE.



DISCURSO

DEL Sr. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

SEÑORES:



AY pues, una immortalidad humana que se adquiere por el génio, la abnegación ó el sacrificio, pudiendo extenderse, según la perfección é influencia de aquellas virtudes á un pueblo, á toda la tierra, á un siglo, á todos los que le suceden mientras exista la raza humana».

Así decía en su célebre discurso, al inaugurarse la estatua de Belgrano, el hombre extraordinario cuya apoteosis celebramos en este día clásico de la patria, congregados al efecto los altos cuerpos del estado, ministros extranjeros, pueblo y soldados, en este sitio, residencia del tirano que él combatió

con la pluma y la espada, poniendo en esa lucha todas las pasiones tempestuosas de su alma, templada en el fuego de los volcanes andinos, y en este mismo parque que él creó, como si hubiera querido encubrir y borrar con la belleza y los encantos del paisaje el recuerdo de los horrores y de la sangre derramada por el despotismo.

Las palabras citadas le son aplicables á él mismo, en estos momentos, por el génio, la abnegación y los ejemplos de enseñanza, de sincero patriotismo, de fé en el porvenir de la república y de energías cívicas que ha dejado en pos de sí.

Nació Sarmiento casi en los albores de la independencia, de noble casa ibérica, al pié de los Andes, física y moralmente dotado para la lucha, y, como el atleta antiguo, su figura traía á la mente la idea de fuerza, tenacidad é impetuoso domador de hombres.

Por primera vez aparece en la escena de su país en medio de la más completa desorganización política y social, en que no había más norma ni más ley que el capricho de los caudillos provinciales, y quiere ensayar sus fuerzas, como Hércules en la cuna, ahogando las tiranías de Quiroga y Aldao.

Batido y deshecho pasó á Chile, donde alternativamente fué maestro de escuela, comisionista y minero; vuelve en 1836 á San Juan y allí establece escuelas, organiza sociedades literarias y redacta un diario, donde discurre sobre minería, plantación de viñas y sobre asuntos de moral y educación. Perseguido por las autoridades, toma nuevamente el camino del destierro, y fué entonces que, al pasar por los baños del Zonda, escribió bajo las armas de la patria, que había pintado en una sala en días más felices *On ne tue point les idées*. Las ha derramado á montones en todo el campo inculto de la América latina con la firmeza y perseverancia de un apóstol: la generación actual cosecha hoy los frutos de muchas de esas simientes, viendo la república organizada, constituida, ofreciendo refugio y tierra á todas las razas del mundo y prometiendo ser lo que él soñó: unos Estados Unidos del Sur.

En el país que le dió generoso asilo prosigue con ardor los trabajos escolares, sin abandonar el campo de la política; combate en la prensa con furia y vigor de estilo inimitable, la tiranía de Rozas; escribe «Facundo», reputada como la obra más peculiar de su autor y de la cual él mismo ha dicho

que hubiera podido llamarse Tucumán Vengada, como la Jerusalem Libertada del Tasso, que fué el grito de indignación de los oprimidos y la fustigación de la barbarie prepotente; publica en seguida su libro de Educación Popular y los Recuerdos de provincia; viaja y consigna sus impresiones de Europa, Africa y América. Durante su permanencia en los Estados Unidos publica la vida de Lincoln, las escuelas de los Estados Unidos y ambas Américas, dedicado este último libro á iniciar trabajos sobre educación primaria en Venezuela, Méjico y Colombia, porque este infatigable instructor de niños y grande educador de pueblos, no se detenía en las fronteras de su patria para llevar á las demás naciones hermanas de la América española las nociones del saber, sin las cuales no hay bienestar ni grandeza posibles; y de los Estados Unidos dice antes que nadie, que aquel grande experimento había de producir lo que la humanidad nunca había presenciado: una república poderosa, compuesta de ochenta millones de seres felices, adelantados y prósperos.

Al pronunciamiento del primero de mayo, del general Urquiza contra Rozas, responde organi-

zando una expedición militar para invadir á Cuyo, y el doctor Rawson, que trata de disuadirlo llamando á su empresa sublime locura, le dijo: «Doctor, tiene usted la inteligencia de un sabio alemán, el corazón sano, pero los brazos rotos... usted no hará nada en su vida». Aquí se ve al hombre de acción, impaciente por tomar parte en la contienda que debía libertar á la patria del tirano que la humillaba.

Difíciles seguir las múltiples y variadas fases de su talento, que abarcaba todos los conocimientos humanos; ha sido todo en su país, desde legionario hasta cónsul, desde maestro de escuela hasta presidente de la república, y su período fué notable por las instituciones con que dotó al país, las obras de progreso que se realizaron por sus iniciativas fecundas sobre educación, industrias nacionales y colonización, y sobre todo por la firmeza que caracterizó su acción política y gubernativa.

Toda su larga existencia tuvo por axioma, como principal base del problema social argentino, la educación del pueblo, y como propósito político la fundación de la república sobre sólidos cimientos liberales, al amparo de toda acechanza liberticida, pero con un gobierno armado de los atributos ne-

cesarios para defender y asegurar esas ventajas; los hechos y los anales contemporáneos dirán si no se han realizado en gran parte esos anhelos, abrigados también por otros patricios ilustres que han tomado eficazmente participación en la obra común, y que reclamarán á su vez la consagración de su inmortalidad en la historia por estos medios que los pueblos tienen de rendir homenaje de gratitud y reconocimientos á sus grandes benefactores.

Honrada y glorificada la memoria de los héroes de la independencia, á la generación actual le toca el deber sagrado de perpetuar la idea de la patria, una, grande é indivisible, exaltando el recuerdo de los que organizaron y constituyeron la nación, combatiendo las tiranías, la demagogía y la ignorancia.

Se me ocurre, señores, que dentro de algunos siglos, Sarmiento y sus compañeros figurarán como esos héroes de las leyendas griegas, que aparecían en las primeras edades confusas y nebulosas de los pueblos, reuniendo en sociedad á los hombres dispersos, dándoles leyes, estableciendo religiones, constituyendo el estado, limpiando previamente la comarca de los mónstruos enemigos y formando así, del caos, las nacionalidades helénicas.

A las ideas del ilustre argentino no las matará el tiempo; y tal vez vivan más años que este duro bronce; cuarenta voluminosos tomos contienen los escritos de su pluma infatigable, que no ha dejado de producir hasta los últimos instantes de su luminosa existencia.

Señores :

Me cabe la alta honra, por la naturaleza de mis funciones, de entregar en nombre del pueblo argentino, á la contemplación pública de todos los tiempos, la estatua de Domingo Faustino Sarmiento, uno de los genios más vastos y preclaros de la América, como un acto de justicia histórica, un estímulo para todo ciudadano y una lección viviente de perseverante cariño á la patria y de sincero amor á la humanidad.





DISCURSO

DEL Sr. MINISTRO DE CHILE

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:



O creo, señores, que al llamarme á este sitio habeis cumplido con un deber de gentileza y creo todavía que mi condición de chileno me daba ciertos derechos de llegar hasta el pié de la estatua de Sarmiento, en su apoteosis.

La figura de este ilustre argentino, las expansiones de génio, el vuelo de sus ideas, el vigor de su inteligencia, la tenacidad de sus esfuerzos, llegaron á constituirle una egregia personalidad americana cuya memoria todos nos damos prisa en exaltar.

Después de vosotros, sus compatriotas y junto con vosotros, es á los hijos de Chile á quienes más de

cerca les corresponde rendir á Sarmiento los homenajes de la admiración y de la gratitud.

Cuando el vendabal político le arrojara de la tierra que le vió nacer, él encontró en la mía asilo cariñoso, inteligencias que le comprendieron y corazones que le amaron.

Llegó formando en esa pléyade brillante de emigrados, envuelto en el manto simpático del proscrito por noble causa, y allí se impuso por el respeto que inspiraba la nobleza de su alma, por el prestigio que le procuraba la altura de sus miras é intenciones, por la seducción que ejercía su amor á la ciencia y á la humanidad.

Sus prendas morales le abrieron todos los hogares, esos que hasta hoy recuerdan la honra que les diera su presencia, cuando, alejado de su patria, buscó entre nosotros un asilo desde donde pudiera servirla sin reposar.

Desde Santiago combatía todo lo que juzgaba contrario á los intereses de ella con toda la energía que le prestaba su poderoso intelecto; con toda la actividad del patriotismo, movido á impulsos de una juventud brillante y vigorosa; con todo el entusiasmo que generaba un corazón nobilísimo.

El libro, el folleto, la revista, la hoja diaria, todo lo invadió para contrarrestar un régimen que condenaba, para afirmar las buenas doctrinas, para echar las bases de la constitución que anhelaba y para diseñar los cimientos sobre los cuales quería hacer reposar el edificio de la organización política argentina.

Nunca le arredraron las crueles amarguras de la proscripción, como no le desalentaron tampoco los contrastes ni las esquiveces de la fortuna.

Sentíase inspirado por la más noble de las causas: la causa de la libertad, y movido por la más irresistible de las fuerzas: la fuerza del patriotismo; ¡qué mucho, entonces, que no se le viera desmayar jamás y que tan solo buscara el reposo cuando viera triunfante sus ideales!

¿Y cómo pagó el noble emigrado de San Juan su largo hospedaje?

Eso lo saben en Chile todos los que recuerdan que Sarmiento llenó nuestra prensa con los escritos de su pluma brillante, impetuosa y original; que fundaba diarios y revistas; que impulsaba á nuestra juventud estudiosa en el cultivo de las bellas letras y en la propaganda de las ideas que afirman la libertad.

Porque el hombre á quien hoy honramos fué publicista que tuvo la noción precisa de su sacerdocio: miraba en la prensa la espada de honor de la opinión pública, el baluarte de todos los derechos; nó el puñal aleve, instrumento vil de malsanas pasiones ó de bastardos intereses.

Así escribió Sarmiento y así sirvió Sarmiento en la prensa chilena.

Fué en Chile donde vieron la luz pública muchas de sus más hermosas producciones, y allí están como elocuentes ejemplos su «Facundo» y sus «Recuerdos de provincia».

Pero él tenía, ante todo, el amor á la enseñanza y para su difusión no economizó afanes ni desvelos.

En el servicio de estos ideales visitó Sarmiento el viejo mundo, comisionado por el gobierno de Chile para estudiar en los países europeos más adelantados, la organización de la enseñanza primaria, que estaba por crearse en estas tierras.

Frutos de sus estudios fueron muchos de los libros que escribió otros tantos que tradujo y podría aún decir que desde hace largos años las generaciones chilenas han aprendido á leer en Sarmiento:

para muchos, como para mi, fué su nombre el primero que han leído nuestros ojos.

En el servicio de la enseñanza, no solo hacía la propaganda escrita y hablada, trazando sus rumbos, reglamentando los estudios, suministrando textos; pues agregaba su propio y personal esfuerzo, llegando á regentear modesta escuela, y como maestro de ella le vemos tan grande como cuando ocupara el más alto puesto de la nación.

Ya comprenderéis, señores, qué recuerdos nos evoca su memoria.

Fué él quien fundó en Chile la primera escuela normal que existiera en América, dando así un gran paso en el sentido de nuestro adelantamiento intelectual.

Pero si hubiera de seguir en la enumeración de los servicios que á Chile prestara este apóstol de la enseñanza en el orden político, en el cual actuara con la energía y actividad que le fueron propias, sería larga mi tarea.

Vivió muy cerca de nuestro ex-presidente Montt, á quien afectuosa mente llamaba «mi arrimo y mi amigo», profesándole franca amistad y acordándole sincero apoyo, é hizo la vida política al lado de los

Irrazabal, los García Reyes y de tantas notabilidades del partido conservador de aquellos tiempos.

Sarmiento era hombre de ideales, luchaba por principios y comprendía que para éstos no existen los lindes internacionales y desaparecen las localidades de los individuos: en todas partes encontraba campo de acción y de labor fructíferos para su actividad infatigable.

Grandes fueron los beneficios recibidos, pero quedamos, sí, en cambio, la satisfacción gratísima de que hemos sabido estimarlos debidamente: no es la ingratitud semilla que germine en nuestros campos.

San Martín, el insigne general argentino, el más glorioso de los capitanes de la América, se levanta en el más hermoso de nuestros paseos y dá su nombre á nuestras calles, para perpetuar al recuerdo del vencedor de Chacabuco y de Maipú; porque no nos bastaban á los chilenos las palabras de agradecimiento que nuestro O'Higgins, su hermano de gloria, le dirigiera en el campo de batalla junto con las ofertas del mando supremo, que él tan noblemente rehusara en Chile como en el Perú.

Blanco Encalada, otro argentino ilustre, glorioso

almirante de Chile, presta su nombre á una de nuestras mas gallardas naves de guerra.

Allí también guardamos los venerandos restos de Las Heras, el bayardo argentino, incansable guerrero, de quien Sarmiento fuera secretario, en medio del respeto de todo un pueblo.

Y el nombre de Sarmiento lo encontramos al frente de numerosos colegios, desde el plantel modelo que se levanta altivo en populosa ciudad, hasta la modesta escuela que surge en la provincia.

Pero más que en esos edificios está su dignificación en nuestros recuerdos y en nuestros corazones, en los cuales el tiempo ha sido impotente para imponer su obra de olvido y frialdad.

Bien lo comprendía así el hombre á quien representa este monumento, cuando para envolver sus restos, que son reliquias, reclamaba el triple sudario de las banderas argentina, chilena y paraguaya, cuyos colores dán hoy abrigo á su sarcófago; así lo comprendía el polemista de mediados del siglo, cuando después de agitadas luchas literarias, en las cuales explicaba actitudes y propósitos, protestaba en Chile cuando se le llamaba extranjero, como considerándose apodado y nos decía en uno de sus escritos:

«La palabra extranjero está proscrita de la prensa... y ya estoy declarado por unanimidad bueno y leal chileno. ¡Ay del que persista en llamarme extranjero!»

¡Cuánto bien producen en el alma estos dulces ecos de un acento fraternal y qué realce toman esos sentimientos vertidos por un hombre que peleara por su patria en los campos de batalla, en los comicios públicos, en la prensa diaria, en las asambleas y en todas las esferas de la actividad humana!

Impropio fuera que yo viniese á recordar su labor dentro de la patria misma; porque de su vida y de su historia ha podido decirse, con verdad, que son la historia y la vida de la República Argentina, mientras él vivió.

Nació en los albores de la revolución de Mayo, para ser testigo primero y actor más tarde de los esfuerzos realizados para alcanzar la soberanía y lograr la organización nacional y tuvo la rara fortuna de morir cuando dejaba realizada la obra y miraba á la patria que tanto amó como ilustró, en el apogeo de su desarrollo y bienestar.

¡Máxima y merecida recompensa á sus virtudes cívicas y á sus largos sacrificios!

Pero cuando yo pienso, señores, que este hombre singular fué revolucionario audaz, activo agente de su causa en la proscripción; gobernador de su provincia natal, en horas hartas agitadas; general, defendiendo las libertades públicas; convencional, diputado y senador, en medio de las más vivas luchas constitucionales y políticas; ministro de estado y que en seguida es llamado del extranjero para venir á ocupar la primera magistratura de la nación; cuando todo esto veo y presencio esta apoteosis hecha por sus contemporáneos, á los que gobernaba hasta hace poco, yo no puedo menos de sentir robustecida la convicción que abrigaba por tradición y por estudio, de que el general Sarmiento era una naturaleza de privilegio y una de aquellas figuras que muy de tarde en tarde depara Dios á los pueblos.

La justicia histórica, aquella que se discierne una vez disipados los ardores de la lucha, evaporados los humos del combate y desaparecidos sus actores, pueden esperarla todos aquellos que han cumplido sus deberes; pero la justicia de los contemporáneos, de aquellos mismos con quienes y contra quienes se ha luchado, como luchó Sarmiento durante medio siglo, esa solo pueden alcanzarla los grandes y los buenos.

Por eso es doblemente significativa la recompensa que en el día de la patria otorgais á vuestro ilustre compatriota, elevándole suntuoso monumento en este sitio de tantos recuerdos.

¡Qué grato debe haberos sido inmortalizar en el bronce y en el mármol la figura de Sarmiento, haciendo obra de justicia y gratitud para el prócer, de enseñanza y ejemplo para vuestros conciudadanos!

En la dignificación que los pueblos hacen de sus servidores eminentes, se alzan estatuas á los capitanes vencedores que han llevado á los soldados de la patria por la senda del sacrificio heroico ó de las victorias gloriosas. Esas estatuas que enseñan el cumplimiento del deber, semejan magníficos faros que iluminan hiriendo con sus resplandores, pero que se levantan sobre montañas de despojos humanos, batidas por olas de sangre.

También se elevan otras á los grandes servidores que han luchado sin herir, cuyas victorias no cuestan lágrimas ni vidas y en cuyos campos de batalla no se encuentran vencidos: éstas alumbran con luz más clara, más apacible y más hermosa y semejan á los astros de primera magnitud; son las destinadas á los grandes servidores de la humanidad, y entre esos

monumentos vemos erguirse en los hermosos prados de Palermo y á la sombra de sus bellas palmeras, la estatua de Sarmiento, á la cual acariciarán las brisas de la gratitud, venidas del Pacífico, trasmontando los Andés y que llegarán á estas riberas, impregnadas de dulces recuerdos.

¡Gloria eterna á vuestro ilustre Sarmiento, honra y prez á su patria la Nación Argentina!




DISCURSO

DEL Dr. MIGUEL CANÉ

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

OCAS veces un tema más alto é imponente se presentará al espíritu de un argentino, que aquel que por circunstancias especiales, se ofrece hoy al mío. Mientras la razón busca las líneas de la obra, el corazón late sacudido por olas impetuosas, que traen envueltos en su rodar, la admiración, la gratitud, el respeto y el asombro. Otra voz, más autorizada, más vibrante y más inspirada que la mía, estaba llamada á pronunciar la oración digna del ilustre varón cuya memoria hemos querido

perpetuar en este monumento, para que las venideras generaciones sepan que aquella que le conoció, le juzgó digno del bronce que inmortaliza. Esa voz, señores, cuyos écos parecen sonar aún en nuestras almas con infinita tristeza, era la de Aristóbulo del Valle.

El fué, puede decirse, el iniciador de este monumento; él, quien congregó al primer grupo de amigos entusiastas; él, quien llegadas las horas de la inerte indiferencia, tomó sobre sí toda la tarea. Cuando hubo elegido el artista que juzgó capaz de comprender á Sarmiento y su obra, la muerte le sorprendió, no sin haber encargado á un amigo, por una inexplicable previsión, la continuación de la tarea, en caso de que él faltara. Ese amigo fuí yo. He cumplido con religioso respeto el encargo que se me confió, y al darlo por terminado con este acto, he querido consagrar un recuerdo al noble y luminoso espíritu cuya desaparición fué un luto nacional.

Señor Presidente de la República: tengo el honor de presentaros, para que lo entreguéis á la veneración de todos los habitantes de nuestro suelo, el monumento levantado por la gratitud nacional á la memoria de Sarmiento.

(El señor Presidente descubre el monumento).

Helo ahí, señores, tal como lo ha concebido la imaginación del artista. Más que reproducir la figura que aún vive en el recuerdo de la generaciones presentes, la del anciano de paso lento y fatigado, que llevaba inclinada la pesada cabeza llena de ideas, el escultor ha querido simbolizar en el movimiento del cuerpo, en la energía de la actitud, en la idealización misma de la fisonomía y en la intensa expresión de la mirada, la vida extraordinaria del héroe cuya gloria debía cantar su vigoroso cincel. Arriba, la acción, el ímpetu viril y avasallador; abajo, en la alegoría, en esa figura genial que aparta las nubes con sus brazos fuertes y elegantes para surgir, espléndida, entonando un himno á la luz— el triunfo definitivo, tras la larga lucha contra la ignorancia, contra el vicio, contra la barbarie y el crimen!

Encuentro elocuente, señores, la fijeza de esos ojos de bronce, clavados en un punto del espacio, porque jamás el pensamiento de un hombre ha estado más constantemente orientado hacia su patria. Con la conciencia de sus altos destinos, que los días más sombríos no consiguieron conmovier, Sar-

miento tenía también la de su profunda y desolada miseria. Rara vez, nunca quizá, la breve estadía de los hombres sobre la tierra ha sido más amarga que para los argentinos que alcanzaron la plenitud de la existencia entre los años 28 y 52. Los unos—los que vivieron ungidos por la Providencia, para salvar la dignidad de la patria y su derecho á la libertad—tenían al menos, como aliciente, en medio de la pobreza y la nostalgia, la elevación sagrada de su objetivo. Los más, la masa anónima é inerte, vivió veinte años en el terror de cada día, sumida en la noche intelectual y moral más profunda que puede obscurecer la ruta de un pueblo en marcha. Es posible, señores, que mis palabras sean oídas por algún anciano para quien la naturaleza ha sido cariñosa, prolongando sus días y sus fuerzas, hasta poder admirar y agradecer al cielo el noble progreso de su patria. Ante la imagen de Sarmiento, ante ese triunfo soberbio de la luz, que el artista ha concebido como símbolo y síntesis de aquella vida fecunda, ese anciano recordará los años de su adolescencia, el terror de un pueblo entero, á cuyos oídos llegaba el nombre de este mismo sitio, con éco fúnebre y mortal! Triste, tristísima

generación que no puede recordar su juventud, sin reabrir la herida dolorosa é incurable! Por lo menos el grupo de los que, durante un cuarto de siglo, no tuvieron ni hogar, ni patria, ni reposo, puede, mientras dure en la vida, encarar aquellos años de lucha, con el encanto sin igual que acaricia al espíritu, cuando remonta á las épocas en que la plenitud de la savia dá la plenitud de la acción.

De este sitio de horror, Sarmiento hizo, señores, lo que en su concepto debía ser la más acabada expresión de la cultura de su patria. Si nos oyera —y hay momentos en que hasta la duda es dulce— nada podría serle más grato que oír recordar aquellos días que precedieron á su descenso del poder y su afán empeñoso para dejar terminada la magna empresa de dotar á la capital argentina de este parque que es aún hoy su única joya. Todo en contra de él: en la masa, la indiferencia por el astro que cae; en el adversario político, el odio implacable que persigue; en el hombre, hasta las más nobles ideas; en los que invocaban la ciencia, la insuficiencia—y hasta en el suelo de esta ribera, la ingrata tierra, digno hogar de la barbarie infecundada, rechazando toda tentativa de cultura, todo es-

fuerzo de transformación. Sarmiento triunfó de todos y de todo; bajo la evocación mágica de ese maravilloso Próspero que ha iniciado todos los progresos de esta tierra que encontró salvaje, se abrieron las anchas avenidas por entre los tupidos juncales, los árboles de aliento generoso y cuerpo gigante echaron raíces y afirmaron este suelo vacilante y estéril; las flores, que tanto amó, lucieron para encanto de los ojos y alegría del alma, sus tintes más deliciosos y el pulmón de ese pueblo enorme que respiraba jadeante, se ensanchó en el contento y la salud.

«Palermo es un monumento de la barbarie y de la tiranía del tirano, tirano consigo mismo, tirano con la naturaleza, tirano con sus semejantes», escribía Sarmiento, el 5 de febrero de 1852 dos días después de Caseros, en el mismo sitio que en un acto justiciero del Congreso Argentino ha señalado para que se levante su estatua. Palermo era una obsesión de Sarmiento; en su espíritu, tal como Versalles era el símbolo visible de la arrogancia pomposa y desmedida de Luis XIV y el Escorial, con su tétrico paisaje, trasunto fiel del alma sombría, implacable y desventurada de Felipe II, Palermo de San Benito

con su arquitectura gauchesca, sus «reminiscencias de estancia», sus árboles funerarios, reflejaba con cruel exactitud el carácter del hombre que encarnó en el poder la inculta soberanía de las campañas.

Desde este sitio, cuando apenas había tenido tiempo de recorrer las calles de Buenos Aires, la ciudad histórica que veía por primera vez, pero en cuyo seno había vivido con su corazón, Sarmiento tomaba de nuevo y espontáneamente el camino del destierro. Para juzgar á Sarmiento como hombre de estado y aquilatar su aptitud política, hermanada siempre en él con la elevación del propósito y la dignidad de los medios, pocos momentos de su vida hay más favorables que este.

¡Con qué júbilo se aprestaba en Chile, desde 1848, á entrar en campaña y qué tristemente abandonaba la idea de aquella viril empresa que sus amigos llamaban la «sublime locura» y que consistía en caer, desde los Andes, en grupo heroico, para buscar, en la llanura argentina, un éco al grito de libertad ó perecer en la demanda! Por fin, el sueño había tomado cuerpo y amanecido el día que devolvería á la patria, con la dignidad de la vida, la libre disposición de sus destinos. Un hombre había suscitado

la Providencia, para encarnar la esperanza última y suprema de todos los hijos de este suelo. Los emigrados, desde los rincones de América en que ocultaban su miseria con dignísimo decoro, ó desde los muros de Montevideo, el santuario inviolado y por siempre venerable, querían hacer de aquel hombre el héroe invencible y justiciero. El general Paz respondía de él ante el Brasil; Mitre, Paunero, Aquino volaban á ofrecerle sus espadas; Alsina, López, Gutiérrez, Pico, abrían para él el tesoro de sus espíritus cultísimos. Desde el principio de la campaña, la fortuna parecía sonreír al guiar sus pasos venturosos. Por fin, la hora de la victoria llegó, incruenta, soberbia . . . y todos aquellos hombres encanecidos en el destierro, aquel pueblo mártir que tendía sus brazos, delirante de gratitud, vieron al vencedor avanzar, ostentando la siniestra cinta roja y oyeron de nuevo el grito de «¡muera los salvajes unitarios!», cuyo eco creían extinguido para siempre.

Nunca la conciencia de Sarmiento le trazó más claramente el deber; aquel hombre que destruía en un día las esperanzas de tantos años, era sin embargo el libertador y estaba ungido. Instrumento de la historia, su misión había concluído y, con él ó sin

él, la reorganización del país asegurada. ¿A qué descender, entonces á la arena peligrosa, que pronto iba á ser teatro de la guerra civil? Las ideas madres, como llamaba Sarmiento á las que informaron su predicación de diez años—la federación con la capital en Buenos Aires «que yo había tenido el cuidado de poner en la punta de un alfiler, Argirópolis, mientras caía Rosas», según escribía en 1852, la navegación de los ríos, las garantías á manos llenas á los extranjeros inmigrantes, la nacionalización de las aduanas,—se habían abierto ya camino definitivo y nada podría detenerlas. Alberdi iba á condensarlas en las *Bases*, libro que será tal vez su único título á la consideración de la posteridad; pero el precursor genial había sido ese maravilloso sembrador, que con su mano poderosa arrojaba la semilla fecunda, destinada á transformar desde el suelo hasta las ideas americanas.

Después de mucha torpeza, de mucha sangre inútilmente vertida, la unión de la familia argentina se hizo y el país jadeante, desgarrado, semi bárbaro y torvo aún, se detuvo un instante á respirar. Los nombres de aquellos que aprovecharon ese momento para fijar al pueblo el camino de la luz, persistirán

por siempre en nuestra historia. Ella, por otra parte, dará el juicio definitivo sobre Urquiza. Siento que aún estamos muy cerca para juzgar su acción tan compleja y contradictoria, en tiempos tan duros y sombríos. Por un lado, las pasiones de nuestros padres aún nos agitan; por otro, la cultura adquirida nos hace condenar con igual severidad los excesos del vencedor como los del vencido. Algo me dice que en la balanza, ha de pesar más que todo la jornada de Caseros y que, ante la justicia eterna, la libertad dada á un pueblo entero, vale más que muchas virtudes, intachables, pero estériles.

Sarmiento mismo pareció encaminar ese juicio histórico, cuando, dieciocho años después de Caseros, en la cúspide de su carrera política, dirigiendo los destinos de su país, fué á visitar á Urquiza en San José. Iba yo en la comitiva presidencial y uno de los recuerdos más fuertes de mi juventud, es el de la impresión de aquellos días: los regimientos de caballería, enrojeciéndose con su traje sangriento las riberas del Uruguay, el aspecto semi-colonial, semi-feudal de San José y sobre todo, el largo y estrecho abrazo de aquellos dos ancianos, cuyas pasiones había usado el tiempo y que, en la tarde de la vida,

parecían unirse en un pensamiento común y levantado. Fué el último y supremo abrazo; poco después, una negra página más se agregaba á nuestra historia de sangre. Urquiza caía vilmente asesinado y desearía que se narrara en páginas de bronce para fijarlas en nuestra historia, cuál fué en ese momento la actitud del Presidente Sarmiento. Ni el consejo de los tímidos que veían, temerosos, dibujarse un terrible conflicto, ni las argucias de los casuitas, que querían cubrir la inacción cobarde bajo el manto de la Constitución, nada pudo contra el ímpetu generoso de aquella alma alta y justiciera. En esos días memorables, Sarmiento fué un grande hombre de estado y nos dió para siempre, esta lección inflexible: no hay transacción con el crimen, no puede ni debe haber organización estable basada sobre él!

Pero me tarda, señores, tan sólo sea con la rapidez que las circunstancias me imponen, contemplar al incomparable ciudadano bajo uno de sus más gloriosos aspectos.

Como en el admirable simbolismo griego, sobre la cerrada obscuridad de los primeros tiempos, se cierne la luminosa figura del Ecuador divino que llegó á dominar hasta las fieras, así en el mundo

americano, — cuando el tiempo haya hecho tabulosa la época de sangre y hierro que sucedió á la Independencia—se cernirá también, sobre ese fulgor rojizo, la severa figura del maestro que sobrepasó la hazaña de Orfeo, alcanzando á dominar hasta los bárbaros. Por las circunstancias de su vida, consagrada toda entera á la educación, en su forma más levantada, fué dado á Sarmiento arrojar la semilla de su palabra fecunda sobre todo el suelo americano, desde los primeros centros de cultura del Canadá y Norte América, hasta las más humildes aldeas del sur de Chile. La fe de su propaganda, la pureza de su intención, la honorabilidad perfecta de su vida, el arte mágico de su estilo, acabaron siempre por darle la victoria en las infinitas batallas que combatió, con aquel ardor impetuoso, vehemente y apasionado que está en la memoria de todos. Así recorrió toda la América, fijos los ojos en su idea, fuera de la que no veía salvación, pues sin ella, la independencia y la libertad misma parecíanle armas peligrosas en manos de niños aturdidos. Desde su obscuro rincón sanjuanino de los primeros tiempos, hasta las cumbres más altas que escaló en su existencia, fué siempre el mismo, el educador por exce-

lencia, el maestro incoparable y profético. Si se leen con atención muchas de las primeras páginas escritas por Sarmiento, se encontrará en ellas la predicción de más de uno de los hechos fundamentales de nuestro siglo. «El maestro de escuela venciendo en Sadowa», es una vieja frase de Sarmiento y las victorias alemanas subsiguientes sobre la Francia, como la del mecanismo norte-americano sobre la sorprendente España, fueron consecuencias inevitables de premisas sentadas por él.

Fué siempre el mismo, he dicho, y nada puede ser más grato que comprobarlo, siguiendo esa luminosa vida. En los combates periodísticos de Chile, en los libros que escribía contra Rozas, á guisa de batallas que le ofreciera, como decía Guerrazzi del *Assedio di Firenze*, en sus entrevistas con los hombres más eminentes de la Europa y los Estados Unidos, en las filas del Ejército Grande, en sus misiones diplomáticas, en sus campañas parlamentarias, en su administración presidencial, desde todos los ministerios, desde todas las presidencias—porque, como él decía parodiando al hidalgo manchego, donde él se sentaba, allí estaba la cabecera—á toda hora del día y en todos los momentos, fué siempre el mismo, el educador excelso é incomparable.

Su concepto de la educación era tan vasto é inteligente, que en él tenían cabida las dos tendencias que luchan hoy en Europa por conquistar el predominio y que, con criterio erróneo, se pretende hacer antagónicas aun entre nosotros. Que la Francia, señores, saturada hasta los huesos de la cultura greco-latina por su educación secular, trate de ensanchar sus horizontes intelectuales, haciendo posible la adaptación de su espíritu á nuevas formas de civilización; que los Estados Unidos hagan esfuerzos colosales por retener en la atmósfera de sus Universidades suntuosas, esas hadas invisibles é inspiradoras de todo lo grande que han hecho los hombres, que se llaman la Poesía, la Belleza, el Arte, la Ciencia pura, el ideal y que parecen huir espantadas por el fragor de sus fábricas ciclópeas ó la impresión moral de sus *trusts* implacables; que pueblos en esas condiciones planteen tales problemas se explica. Pero cómo habría reído Sarmiento al contemplar la masa de balbuceadores de la anagnosia, que forman los dos tercios de la clase dirigente de nuestro país, discutir sobre la necesidad de dar un nuevo rumbo á la educación nacional y apartarla de las viejas rutas trilladas de Grecia y Roma, para dirigirla so-

bre la triunfante calzada de Chicago y Tammany Hall! ¡Cómo habría reído el viejo maestro, con aquella risa socarrona que movía todo su cuerpo, al oír atribuir la superioridad anglosajona al abandono de los estudios clásicos, cuando Oxford y Cambridge no son sino vastas facultades de Letras y la Alemania victoriosa aumenta día á día sus escuelas de alta cultura!

La educación de estos pueblos, para Sarmiento, tenía dos grandes faces: la primera, destruir en su espíritu la atonía hereditaria, atávica mejor dicho, de la noche colonial y el caos de las ideas absurdas recogidas en la larga orgía del caudillaje; la segunda, sobre esta tabla rasa, despertar la conciencia de la dignidad humana y con los ejemplos de la historia, que establece una noble solidaridad con las pasadas gentes, hacer ver á qué altura llegan aquellos pueblos que cultivando su espíritu, exaltan su corazón y se hacen dignos de los mayores destinos. Luego que, robustecida su conciencia de ciudadanos de un pueblo libre, fueran capaces de oponer al abuso, á la usurpación ó á la tiranía, la valla insalvable que opuso siempre el pueblo inglés, Sarmiento marcaba el rumbo de las conquistas materiales, en vista del

mayor bienestar y de la mayor fuerza, y su ojo escrutador descubriría, desde el sillón presidencial, como desde su pupitre de maestro, el libro, el tejido, el árbol raro, la planta textil, la flor, la fruta, la máquina, el invento cualquiera que pudiera adaptarse á su patria y, en manos de sus hijos, enriquecerla y fortalecerla. Esa es la ruta que nos trazó y esa la que debemos seguir; por la cultura intelectual, que trae siempre consigo como primera consecuencia, la elevación del nivel moral, iremos á la formación de una vasta clase gobernante que asegure el porvenir; por la adopción de todos los progresos de la ciencia y la industria, á la riqueza y la prosperidad.

Siento, señores, que estamos en un momento de angustioso peligro para el porvenir de nuestro país y cobrando aliento bajo la autoridad del nombre que invoco, os pido que prestéis á mis palabras la atención que merecieran, si salieran de esos labios de bronce. Sarmiento os diría, á los que dirigis desde la Administración ó desde el Congreso la educación de ese pueblo, que no se forman naciones dignas de ese nombre, sin más base que el bienestar material ó la pasión del lucro satisfecha. Que

la riqueza, la potencia de producción, son solo gloriosas, cuando sirven para ensanchar los horizontes morales é intelectuales de un pueblo. El os recordaría, con su fuerza irresistible, que la soberbia prosperidad alcanzada en nuestro suelo por la Inglaterra y la Alemania, su vigor de producción, su audacia triunfante en las luchas económicas, viene de la cultura de esos pueblos, cuyos sistemas de educación, nutriendo la mente de sus hijos, les sature el alma del más alto y noble concepto del patriotismo. El os recordaría aquella Inglaterra de Hampden y de Milton, aquella Holanda de Sainte Aldegonde, aquella Francia arrancada del absolutismo monárquico y teocrático por el grupo de los enciclopedistas, la Alemania salvada de la garra napoleónica por los estudiantes nutridos de la savia clásica, la Italia del *risorgimento*, recibiendo en holocausto la sangre de sus mejores hijos, de sus poetas, de sus artistas y de sus sabios; él os recordaría, por fin, señores, que las naciones sin ideal, aquellas para las que todo esfuerzo debe tender tan solo á la conquista de la riqueza y del bienestar, por mayor grado de esplendor que alcancen, no perduran y pasan, como Cartago, sin dejar tras ellas ni

rastros de respeto en la memoria de los hombres. Quien así os habría hablado, no era, por cierto, un idealista; nadie habría aplaudido más que él todo esfuerzo tendente á aumentar la potencia industrial de la nación. Pero él sabía que la barbarie no ha muerto; él, que la había vencido y la llevaba acorralada en el largo batallar. Hace dieciseis años, decía en San Juan, saludando con vigorosa esperanza al joven gobernador Doncel, en un admirable discurso: «Cuando Elizondo aparece en la política, deben oponérsele para derrotarlo exposiciones de pintura, conciertos de música, conferencias científicas, escuelas normales é institutos.» Señores, hay aún en nuestro país más Elizondos latentes de lo que se cree, un tanto asfixiados en nuestra atmósfera de incipiente cultura, pero que volverán á la acción, así que el ambiente se haga para ellos normal. Permittedme, señores, continuar reverente el pensamiento del maestro, permittedme decir que cuando un pueblo abandona sus derechos y olvida sus deberes hasta mofarse de la vida cívica, cuando su indiferencia y su desidia hacen casi imposible la organización del Ejército Nacional, cuando solo se postra ante un altar, el del sensualismo sin pudor

y sin reato, es porque ese pueblo está enfermo y necesita un remedio heróico. Sarmiento ha dado la fórmula, señores, y ella sola es salvadora: hay que levantar el alma popular por la educación, por la cultura artística, por la prédica del libro, por el ejemplo viniendo de lo alto, que marca un rumbo, como las estrellas al navegante. Solo el ideal mantiene á las naciones erguidas y fuertes, como la noción del deber al individuo....

La obra educacional de Sarmiento, fuera de su propaganda oral incansable y de su ejemplo, ha sido reunida por manos que, movidas por la piedad filial, levantan un monumento que vivirá más que la piedra y el bronce. Cuando el grado de cultura del pueblo argentino le permita comprender y apreciar á los pocos escritores de raza nacidos en su seno, las obras de Sarmiento serán el orgullo nacional. No será, entonces, un grupo pequeño de iniciados, sino una nación entera, la que se familiarizará con muchas de esas páginas inmortales, algunas de las que no tienen superiores en lengua castellana. La vida constante de aquel estilo, el movimiento fogoso que envuelve la idea en una frase acerada y rápida que va á herir al adversario,

una preocupación, un error; ese inimitable valor al escribir, esa granítica conciencia de sí mismo, que le hace invulnerable al odio, á la calumnia, hasta al ridículo; esa deliciosa despreocupación de la forma, que es el secreto divino de la obra de arte, la profunda unidad de toda esa obra colosal que, como la figura radiante que contemplais al pie de su estatua, no es más que un himno á la luz; la fuerza en la imprecación, la exquisita ternura en las páginas íntimas, el inimitable color en la descripción, la fe en el progreso humano, jamás perdida durante cincuenta años de trabajo, hacen de Sarmiento un escritor único, no solo en los breves fastos de nuestra patria, sino quizá por todos los siglos de su historia futura, porque jamás volverán á reunirse las circunstancias que modelaron su espíritu.

Hombre de fé, he dicho. Nada más admirable que la energía constante de su esperanza. No comprendía el esfuerzo sin el objetivo y creo que él, artista incomparable por momentos, se reía de los fervorosos adeptos del arte por el arte. El único de los escritores argentinos de su tiempo,—que fué el único tiempo en que hubo escritores argentinos—se mantuvo refractario, por genial é ingéni-

ta predisposición, á la influencia del romanticismo que, con Byron y la pléyade francesa del año 30, dió rumbo é imprimió su sello al movimiento intelectual del mundo entero. López, Gutiérrez, Echeverría mismo, Mitre, Mármol, Rivera Indarte, Dominguez, Cané, todos adoraron la nueva forma. Sólo Sarmiento—planta al parecer nutrida con la única savia del suelo patrio—cerró sus oídos al canto de la sirena que le ofrecía, en sus temas medioevales, en sus dramas de pasión, en sus téticos paisajes, espléndido campo de triunfos artísticos. Nunca una pluma se ha parecido más á una espada: pero el arma admirable, al herir, iluminaba! Los caudillos, los bárbaros, sentían el golpe, pero el aire estremecido llevaba el eco vibrante al heroico grupo de los que combatían por la libertad ó al triste hogar desesperado de los que la creían perdida para siempre. La fé del escritor, la fé del maestro, alentó también el alma del hombre de estado. Si un espíritu superior determina los destinos de los pueblos, él aseguró los nuestros, haciéndolos regir durante doce años, al salir de la anarquía, por los presidentes Mitre y Sarmiento. El primero coronó la obra de la organización nacional, venciendo, con la elevación

de su espíritu, la estrecha tendencia de su filiación política y la no menos circunscripta de su provincia natal, hasta dar hogar en su alma al ideal grandioso de una patria fuerte y respetada. Tras él, Sarmiento trajo al poder, con su impetuoso anhelo del bien, con el tesoro de experiencia adquirido en su vida de lucha, de viajes y de contacto con los nombres más distinguidos de su tiempo, las sanas y robustas ideas de gobierno, sin las cuales no hay organismo social ni político que tenga base firme y duradera. El esfuerzo de Sarmiento tendió siempre, más que á reformar las instituciones y la legislación, á transformar las costumbres y las ideas del pueblo. La noción de gobierno, esto es, la de una entidad tutelar y directiva, nació del consenso general, digna de respeto, necesariamente fuerte y obligatoriamente honesta, empezó á entrar en el alma nacional, cuando después de predicarla cuarenta años, Sarmiento la encarnó en la presidencia. El marcó todos los rumbos definitivos: al maestro, la cultura propia que se refleja en el espíritu del niño que educa; al agricultor, la obligación de aliviar á la tierra, en su faena sagrada, con la aplicación de los métodos é instrumentos más perfeccio-

nados; al ganadero, la adopción de las razas superiores; al comercio, la actividad y la honradez; á los administradores de la cosa pública, las manos limpias é impecables; al ejército, por fin, en páginas y actos que no debemos olvidar, el campo circunscrito, pero glorioso, de su acción legítima, la abnegación, la obediencia, el decoroso silencio ante los sacudimientos de la vida civil, el estudio y la preparación constante para responder al alto y noble fin de su institución.

Tal fué, señores, la acción de ese hombre extraordinario, acción constante, colosal, proteiforme, pero unificada por el vigor de la idea que la informa. Empezamos ya —y para nuestros hijos será un espectáculo soberbio— á contemplar la obra de Sarmiento, como se contempla á un astro. Sabemos que el cuerpo celeste que gira en el espacio tiene todos los elementos de la tierra, que en él imitan nuestras mismas leyes químicas y leyes físicas análogas sino idénticas, que la vida se elabora allí en el combate de las fuerzas y tal vez de las pasiones; pero no vemos sino su aspecto luminoso y radiante, que encanta nuestros ojos y nuestro espíritu. Así, á medida que la vida nacional avance en el

tiempo, la acción de Sarmiento, vehemente, tormentosa, apasionada, frenética á veces, pero alta, desinteresada, empapada en el amor más inteligente que hijo de esta tierra la haya profesado, brillará con la soberana serenidad de un mundo sideral y millares de generaciones de argentinos se habituarán á contemplarla, en el cielo de nuestra historia y en sus días de triunfo ó en sus horas de amargura, con el cariño grato ó la esperanza anhelosa con que los viejos pueblos creyentes miraban á los astros divinizados!

He dicho.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS